

ZENOBIA

UN CASO DE HONORA BRIM



ZENOBIA

UN CASO DE HONORA BRIM

J.R. PLANA


ZOTHIQUE
PUBLICACIONES

Primera edición: agosto de 2020

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a la dirección de la editorial Zothique publicaciones a través de la web <https://boutiquedezothique.es/> si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o contactar con los autores o editores.

Zenobia, un caso de Honora Brim

© J.R. Plana, 2020

© Portada: Raul Ruiz, 2020

© Zothique publicaciones, 2020 es un sello editorial propiedad de librería *La Boutique de Zothique* (Madrid, España).

ISBN: 978-84-122319-2-2

Depósito Legal: M-20656-2020

Producción editorial a cargo de



<<http://bookinvestors.es>>

¡Visita nuestra librería online!
<boutiquedezothique.es>

I

HAY TRES INVESTIGACIONES EN el historial de la anciana señora Brim con una especial relevancia para mí, y que, a modo de viaje iniciático, conforman la primera etapa de mis aventuras junto a ella: el misterio en torno al prisma irregular, la desaparición de *El sueño de Zenobia* y el surgimiento de la aberrante marca de Koth. Cuando ocurrió lo de Zenobia, el primero ya había tenido lugar hacía aproximadamente un año, y para el tercero faltaba aún mucho tiempo y un extraño viaje. En esos últimos meses nos habíamos enfrentado a un puñado de retos insólitos, como el concerniente a la impredecible Valeria Nim o la sangrienta masacre de las catacumbas, pero ninguno tuvo tanto impacto en nuestras vidas como Zenobia. Si el prisma irregular supuso para mí la asimilación de lo inexplicable como parte de la realidad (pues fui yo el que acudió a la señora Brim en lugar de venir ella a mí, en un gesto de aceptación involuntario de lo sobrenatural),

con *El sueño de Zenobia* fui consciente de que la idea se había consolidado en mi mente hasta el punto de *anhelar lo inexplicable*. Me enfrenté a verdades para las que no estaba preparado, y en conjunto fue como asomarme a un insondable abismo para descubrir, con un escalofrío, que nuestro mundo es una porción endeble e insignificante del cosmos, acechada por fuerzas oscuras, salvajes y voraces.

El sueño de Zenobia desapareció de pronto sin dejar ni rastro, y ese día el misterio llamó a mi puerta una vez más. Y yo le dejé pasar, deseoso de franquearle el paso e ignorante de lo que estaba por venir.

II

AQUELLA TARDE LLUVIOSA Y gris de primeros de mayo me encontraba en el Café de Ruiz mirando perezoso a la pantalla de mi portátil, buscando las ganas de trabajar. El artículo a medias me devolvía la mirada con la inexpresividad de los textos insustanciales, y yo trataba de mentirme fingiendo que desconocía, desde el momento en que abrí el ordenador, que iba a ser una sesión totalmente infructuosa.

Tecleé tres palabras, borré dos y luego remoloneé curioseando de reojo una de las mesas cercanas —la única ocupada además de la mía— en la que dos tipos hablaban con una mula de Moscú y un Bloody Mary delante. Y entonces la pantalla de mi teléfono se iluminó, y las palabras «Honora Brim Casa» acudieron en mi auxilio.

—Gracias al Cielo —musité, prácticamente lanzándome sobre el teléfono.

—Alonso —dijo al otro lado la cascada voz de la excéntrica investigadora—, dónde estás.

—Señora Brim, me alegro mucho de oírla. —
Me di cuenta de que la formalidad era, aquella vez, un
sentimiento real—. Ahora mismo me encuentro en
un café, cerca de la glorieta de Bilbao, ¿y usted?

—Yo en mi casa —me contestó secamente—.
La inspectora Ruiz me ha llamado. Ven a buscarme.

Y colgó sin darme tiempo a más preguntas. Feliz
de tener una excusa para perder de vista al frustrante
artículo, guardé mis cosas a toda velocidad, pagué en
barra y subí a la calle Carranza, donde cogí un taxi en
dirección a Arturo Soria.

La lluvia y el infernal tráfico de media tarde
obraron maravillas, y treinta minutos más tarde de
lo que debería me bajaba frente al oscuro jardín de
la casa de Honora Brim, en el número cuatro de una
callejuela perpendicular. La verja de la entrada esta-
ba entreabierta —como siempre que la anciana me
esperaba—, y chirrió como un viejo diablo al que se
le salpica con agua bendita. Al otro lado, la maleza
descuidada ocultaba las incongruentes y siniestras
estatuas de hormigón piedra dispersas por el suelo, y
pugnaba por asfixiar el irreductible sendero de losas
de pizarra que conducía hasta el porche de la casa. El
patio de la señora Brim, resguardado por la hiedra y
tres espigados y espesos pinos, poseía una peculiar
cualidad por la que siempre parecía estar sumido en
la penumbra independientemente de la luminosidad
que hubiera en el exterior, particularidad que, en una
tarde de lluvia como aquella, llenaba los rincones más

alejados de inquietantes y espesas tinieblas. Lo atravesé en tres apresuradas zancadas, mirando de reojo a las silenciosas siluetas que parecían acecharme entre la hierba demasiado alta. Un par de estatuas de estilosos felinos, junto a dos o tres macetas de barro cocido apiladas en un lateral, flanqueaban los escalones embaldosados que ascendían hasta la puerta blanca y de doble hoja. De las ventanas de la fachada tan solo una estaba iluminada, y su luz alcanzaba el exterior amortiguada por un juego de cortinas rojas. Fui a llamar al timbre, pero aquella puerta también me aguardaba abierta.

—¿Hola? —dije estúpidamente mientras entraba y me limpiaba los zapatos en el felpudo. Me mareé ligeramente según llegaba a mí el intenso y peculiar olor de la vivienda (polvo, madera vieja y algo que siempre me hacía pensar en lavanda y senectud) y, tras un segundo para acostumbrarme, avancé por el recibidor, iluminado únicamente por una pequeña lámpara de estilo Tiffany.

A unos pocos pasos, en la pared de la derecha, se abría el arco que conducía al salón, del que colgaban dos livianas cortinas de gasa bordadas con hilo de plata. Se encontraban recogidas, cada uno un lado, y yo asomé la cabeza entre ambas en busca de la anfitriona. La abigarrada estancia era un adelanto del resto de la casa: suelos de madera crujiente cubiertos por gruesas y viejas alfombras, muebles de aspecto recio y antiguo llenando cada rincón libre, estanterías y paredes

recargadas con los más dispares y exóticos elementos de decoración ... todo ello apenas alumbrado por una luz tenue e indirecta que, a veces, no tenías claro de dónde provenía. En una de las estanterías, junto a viejas ediciones, descansaba el prisma irregular.

—¿Honora? —me atreví a decir en voz alta, sintiendo la aprensión de quien profana la tranquilidad de un lugar santo.

En ese instante fui consciente de que había alguien allí y el corazón me dio un vuelco en el estómago por el azoramiento: sobre el diván de cuero negro dormía plácidamente la larga figura de Alma, la nieta de Honora. Su pálida piel contrastaba fuertemente con la media luz de la habitación, y el rostro se mostraba sereno enmarcado por su cabello estilo Cleopatra. A punto estuve de musitar por inercia una rápida disculpa, pero el sentido común me contuvo. Con la vergüenza ardiendo en mi rostro, retrocedí un par de pasos y casi me dio un infarto al encontrarme con Honora observándome fijamente, a menos de un metro y con las manos a la espalda.

—Has tardado mucho —me dijo, a modo de saludo.

Allí estaba la familiar silueta de la señora Brim, baja y rechoncha, una bola de carne de la que brotaban dos pequeñas piernas y una cabeza igual de redonda, coronada por una mata de pelo gris y despeinado cortado como un chico. Iba vestida con una falda marrón y una rebeca oscura sobre una blusa, y por debajo de

la falda asomaban dos breves y delgadas pantorrillas cubiertas por medias, que terminaban en los viejos y usados zapatos de tacón bajo que siempre llevaba puestos. Por detrás de ella se veían los extremos de su bastón de madera de roble, sujeto en paralelo al suelo por las manos entrecruzadas a la espalda.

—Había muchísimo tráfico —susurré.

—No hace falta que hables así de bajo —dijo, alzando la voz. Sus oscuros ojos chispeantes lanzaron una rápida mirada al salón—. Está ocupada, y no la despertarás. Ahora vamos, la inspectora nos espera.

Pasó junto a mí con su característico anadeo y cogió del perchero cercano su enorme abrigo escocés de lana y su bolsa de viaje de color mostaza. En esta ocasión no se puso su turbante, quizá porque se aproximaba el buen tiempo.

—¿Has dejado marchar el taxi que te ha traído? —me preguntó, bajando las escaleras del porche y saliendo como si no diluviara a mares. La pregunta me pilló con la guardia baja.

—Sí, no he pensado que...

—Tanto mejor; con lo que ha tardado en traerte, más nos vale buscar otro más rápido.

Se detuvo junto a la carretera, indiferente al aguacero que a mí me estaba empapando de arriba abajo, y aguardó impasible hasta que vio aparecer un taxi, al que llamó levantando el bastón por encima de su cabeza.

—A la Sociedad Española de la Edad Antigua, por favor —indicó al taxista mientras yo le abría la puerta y le ayudaba a subir.

—¡Eso está al lado de donde me encontraba! — exclamé cuando entré por la otra puerta, calado hasta los huesos—. ¿Para qué me ha hecho venir? Podíamos haber quedado directamente allí.

—¿Y aburrirme todo el camino? Ni hablar. Justo es la hora del peor tráfico, y los días de lluvia se montan unos atascos del demonio. ¡Menudo tostón ir sola!

III

MÓNICA RUIZ NOS ESPERABA fumando bajo el soportal de la entrada. No lo expresó en voz alta, pero en sus ojos leí el reproche: «Os lo habéis tomado con calma». Yo me encogí imperceptiblemente de hombros mientras recogía la bolsa de viaje mostaza y señalaba con la cabeza a Honora, que se revolvía intentando apearse del taxi.

—Mi presencia aquí es extraoficial —dijo la inspectora en cuanto nos hubimos acercado, tras una leve inclinación de cabeza a modo de saludo—. Solo estoy echando una mano a un amigo, así que tratemos de pasar desapercibidos.

La mirada que me lanzó me dio a entender que eso iba dirigido a mí, una especie de petición encubierta para que le ayudara a mantener la intervención de la señora Brim lo más discreta posible. Asentí.

Ninguno dijo nada más y dejamos que la inspectora nos condujera por las instalaciones de la Sociedad de la Edad Antigua, repartidas entre el bajo y el

primer piso de un antiguo y lujoso edificio de apartamentos. Según pude ver por las indicaciones, en el superior se encontraban las oficinas y espacios de estudio, y el inferior albergaba una pequeña zona de exposición. Hacia allí nos dirigimos.

Una vigilante de seguridad y un joven recepcionista charlaban tras el mostrador de la entrada. Mónica los saludó y pasamos junto a ellos sin más ceremonia ni atención. Atravesamos tres salas de modestas vitrinas en las que tan solo un par de personas deambulaban entre los expositores y llegamos a una habitación más pequeña donde se proyectaba, contra una pared, el clásico recorrido audiovisual. Por la distribución de las salas supe que aquella habitación era la opuesta a la entrada al museo, y el sencillo mapa se dibujó claramente en mi cabeza: tres salas grandes a cada lado y dos habitaciones pequeñas que formaban el eje central, con una novena habitación de igual tamaño en el centro de aquel cuadrado, a la cual se accedía a través de un pequeño arco cubierto por una cortina negra y emplazado en la pared opuesta a la de la proyección. Un voluminoso cartelón que rezaba «temporalmente fuera de servicio» cortaba el paso.

—Pasemos dentro —dijo Mónica, sorteando el cartel y apartando la cortina—. Aquí estaremos más tranquilos y os podré explicar todo.

Honora entró primero, y yo fui detrás. Al otro lado nos aguardaba una sala cuadrada más pequeña que la anterior. Estaba completamente a oscuras,

salvo por una luz blanca concentrada y potente que caía con un intencionado efecto dramático sobre un gran sarcófago de piedra que, abierto y vacío, se encontraba en el centro de la habitación rodeado por un cordón rojo. Obviamente aquella pieza era la joya de la exposición, pues tanto la proyección como la cédula informativa de la otra habitación presentaban al espectador lo que ahora estábamos contemplando.

—He aquí nuestro misterio —dijo Mónica, corriendo la cortina negra—, *El sueño de Zenobia*.

Miré alrededor desconcertado. Si bien mis esperanzas de estar ante un homicidio se habían ido disipando desde que Mónica había dicho que no era un caso suyo, esperaba encontrar un escenario más impactante.

—¿Y cuáles es el misterio? —pregunté tontamente.

Honora, que curioseaba la cabecera del sarcófago al fondo de la sala, respondió con un gruñido:

—Pues que está vacío.

—**P**ermitidme que os ponga brevemente en situación —comenzó la inspectora.

»Nuestra querida Zenobia, tras aburrirse durante más de cuarenta años en un museo menor de Irán, y después de dos años de insistentes negociaciones por parte de la Sociedad Española de la Edad Antigua, viene a nuestro país para formar parte de esta pequeña exposición temporal. Consta de dos piezas: un sarcófago de piedra caliza tallado con bajorrelieves

y una estatua de alabastro, que representa a la suma sacerdotisa Zenobia y descansa en su interior; en total, hablamos de un peso de unos cuatrocientos kilos.

»A nadie, literalmente a nadie le importa esta antigüedad. Hasta donde sabemos, no tiene un valor significativo, ni económico ni simbólico, y en el mercado negro no alcanzaría un precio importante debido a su enorme peso y al hecho de que, por lo visto, es un tipo de estatua bastante común. Hay otras, no de Zenobia, sino de otros personajes, pero el caso es que hay más como esta. Es una talla única tan solo por su temática; por lo demás, tan corriente como un canto rodado.

»Como decía, nadie ha mostrado jamás algún interés en el sarcófago, salvo nuestros amigos de la Sociedad, que precisamente se fijaron en él porque, por su insignificancia, les encajaba dentro del presupuesto. Las dos piezas viajaron juntas, embaladas por separado, pero juntas, y las medidas de seguridad durante el transporte fueron las mínimas. Incluso durmió un par de noches en un almacén de las afueras sin ningún tipo de vigilancia aparte de un candado en la puerta del depósito. Y, a pesar de todo esto, cuando llega aquí y por fin la exponen, la figura desaparece en setenta y dos horas, cuando apenas la han contemplado unos cien visitantes, contando a los miembros de la Sociedad durante la inauguración.

La inspectora guardó silencio durante unos instantes, dejando que la concisa narración se estructurara en nuestra cabeza. Después prosiguió.

—Ocurre de un día para otro. La ven por última vez una hora antes del cierre, cuando la vigilante de seguridad da su vuelta de control para ver que todo está en orden. En ese momento quedan cerca de una docena de visitantes, que van saliendo progresivamente y sin ninguna actitud sospechosa a lo largo de los siguientes cuarenta minutos. Cierran el museo veinte minutos antes de la hora y, cuando vuelven a abrirlo a la mañana siguiente, la estatua no está.

»Como es una exposición humilde, las medidas de seguridad son básicas pero funcionales: una cámara grabando la puerta de la entrada y otra la recepción, ventanas con barrotes y tan solo una entrada y salida. Las cerraduras principales están intactas; los barrotes, en su sitio; y las grabaciones no muestran absolutamente nada fuera de lo normal. También se ha descartado que hayan sido manipuladas. De una manera u otra, en el transcurso de esa noche, la estatua desapareció sin dejar rastro. Ni butrones, ni forzados, ni roturas ni nada. Desaparecida. —La inspectora toma aire, y añade, con gesto de resignación—: Por si eso no fuera suficiente, el hecho de que se hayan llevado solo la estatua y haya quedado atrás el sarcófago añade aún más incógnitas a la ecuación. Si el valor de ambas cosas juntas ya era bajo, por separado es una ridiculez, pues se trata de una pieza incompleta.

»La investigación lleva dos semanas y todos están desconcertados. No tienen una miserable pista, ni siquiera un sospechoso, por remota que sea su conexión. Por eso me he ofrecido a echarles una mano, y por eso he recurrido a usted, señora Brim. A ver si conseguimos arrojar algo de luz. No es un caso trascendental, ni de gran calado, pero es lo suficientemente incomprensible como para que entre en juego su talento.

Honora apretó los labios, abultando aún más sus ya de por sí carnosos mofletes, mientras su inquisitiva mirada se mantenía absorta en el sarcófago y los dedos repiqueteaban sobre el bastón.

—Presupongo que el trabajo policial está hecho, ¿no? Nadie sale beneficiado con esta desaparición.

Ruiz asintió.

—Absolutamente nadie. Ni el museo de Irán ni este; las primas del seguro apenas cubrirían el alquiler de un camión para sacar la estatua de aquí, cuanto menos un viaje desde Oriente Medio. A la Sociedad le ha puesto en un aprieto, y en Teherán se han quedado sin una pieza más. Y como ya he dicho, el beneficio de sacarla al mercado negro es insignificante; sería una operación rodeada de pérdidas.

»Y en cuanto al valor simbólico o sentimental... Ya lo he dicho, a nadie le importaba. No hay ningún círculo de admiradores, amigos o activistas, al menos hasta donde sabemos. Nadie ha dado la más mínima muestra de que este pedazo de roca

tenga interés para alguien... salvo para la Sociedad y el museo iraní, claro.

—Comprendo. —La anciana detuvo su paseo y clavó el bastón en el suelo con un golpe seco, mientras el índice empezaba a repiquetear sobre él—. Tenemos ante nosotros, por lo tanto, dos misterios: por un lado, cómo es posible que una estatua de esa envergadura y peso pueda haber desaparecido tan discretamente y en tan poco tiempo; por otro, quién es el culpable cuando, aparentemente, esta antigüedad podría no tener más valor que una piedra del desierto. —Agitó la mano en el aire en un gesto desdeñoso—. Por supuesto esta afirmación es una absoluta majadería, pues cualquier vestigio de épocas pasadas, por insignificante y frecuente que sea, posee un valor que está más allá del dinero. Aunque otra cosa es que el común de los mortales sepa apreciar tal detalle... Bastará con decir para este caso que el auténtico valor del sarcófago es ignorado por la mayoría de los implicados, salvo, quizá, quien haya sustraído la estatua, que bien podría quererla meramente por una cuestión estética y mientras hablamos esté adornando un rincón de su salón, aunque me sospecho que no será esta la causa. —Alzó la vista hacia la inspectora con una pregunta en los labios—: ¿Puedo?

Mónica hizo un gesto con las dos manos en dirección al sarcófago.

—Por favor. Aunque sea extraoficial y debamos no llamar mucho la atención, tenemos permiso de

la dirección de la Sociedad para inspeccionar lo que queramos, siempre que no revolvamos demasiado.

—No moveré nada de su sitio —dijo enérgicamente Honora, tambaleándose hasta donde me encontraba—. Alonso, mi bolsa. Sujétala en el aire, ¡pero no toques nada, ni siquiera la roces, o los contaminarás y tendré que volver a esterilizarlos!

Como tantas otras veces, intenté conservar la dignidad mientras Honora me usaba de perchero. Se deshizo de su anticuado abrigo y me lo echó en un brazo. El bastón lo apoyó en una esquina, y después comenzó a extraer de la bolsa de viaje que yo le sujetaba el exótico burka que llevaba siempre consigo, de un intenso color púrpura y recubierto por extraños símbolos bordados en oro. Al sacudirlo en el aire para desplegarlo, una singular y suave corriente se extendió por la sala. Con soltura, Honora se lo echó por encima, quedando cubierta por completo a excepción de la pequeña abertura de malla a la altura de los ojos. Ahora, ya estaba aislada de cualquier perturbación externa.

De entre los pliegues salió una mano regordeta que empezó a gesticular mientras hablaba.

—Hemos tenido suerte esta vez —dijo, con voz amortiguada por la tela—: hallar la intersección temporal del sarcófago y la habitación no será especialmente costoso. Por supuesto tendré que esquivar el rastro de todos esos policías cacharreando, toqueando y sacando fotos, pero eso no debería ser un

problema si el sarcófago no se ha movido de aquí. No es como mirar a través de un mueble que lleva ahí toda la vida, ni tampoco a través de un objeto que se mueve y cambia de posición constantemente; se juntan, en este caso, dos factores formidables: la solidez y la circunstancia. El inicio de la intersección será como un faro en mitad de la noche, y con un poco de suerte en nada tendremos respuestas para nuestras preguntas. ¡El misterio será resuelto, y el culpable descubierto! Ahora largaos y dejadme en paz. Tengo trabajo que hacer.

Y, como era costumbre, nos echó haciendo aspavientos.

Aguardamos al otro lado de la cortina mientras Honora apoyaba la punta de los dedos en el viejo sarcófago de aquella habitación en penumbra y se dejaba arrastrar por las corrientes del tiempo.

—¿Debemos temer que la interrumpen? —le pregunté a Mónica bajando la voz. Frente a nosotros, el bucle audiovisual hablaba de las ancestrales murallas de Babilonia.

—En absoluto. Si no, no la hubiera traído. Personal y dirección están tan cansados de policías e investigaciones, y a la vez tan necesitados de respuestas, que me han dejado absoluta cancha libre en cuanto les han avisado de que vendría. Estoy segura de que les hubiera parecido igual de bien si hubiéramos

recurrido a un elefante con una vara de zahorí en la trompa en lugar de a Honora.

Me pregunté si acaso habría alguna diferencia, salvando la aparatosa bolsa de viaje mostaza.

—¿Quién está llevando la investigación? —pregunté, cambiando de tema.

—Yuste, del grupo de robos.

—¿Y está tan desesperado como parece?

Mónica hizo otro amago de sonrisa mientras asentía.

—Están a punto de dejar el caso en vía muerta. No hay hilo del que tirar, y sí escasez de recursos y muchos asuntos de más importancia. —Encogió los hombros—. Somos el último paso antes de que el museo se plantee un investigador privado, si es que acaso quieren gastarse el dinero. —Se interrumpió para señalar con la mirada a la proyección—. Mira, nuestra protagonista.

Le había llegado el turno al sarcófago de Zenobia. Con pausada y meticulosa dicción, dándole al asunto una gravedad excesiva, la narradora hablaba de Mesopotamia, Egipto y los ritos funerarios, y, trazando un complejo arco argumental, acababa relacionando ambas culturas con un doctrina religiosa, mítica, minoritaria y cuasiclandestina en la que Zenobia era la gran protagonista. Legendaria suma sacerdotisa de este culto (del que apenas se tenía muchas certezas salvo especulaciones que rayaban en la pseudohistoria), había sido una suerte de enviada de los dioses

—y en este punto entrelazaba dioses egipcios y sumerios con una descarada soltura— que inspiró admiración y miedo a partes iguales entre sus seguidores. Esta semidiosa condujo el culto hasta su máximo esplendor para luego desaparecer (la desaparición por supuesto contaba con su propia leyenda), y de su recuerdo solo quedaron para la posteridad vagas referencias en murales, grabados y un puñado de tallas entre las que destacaba esta por ser la más grande. Resumiendo: una figura enormemente secundaria y de dudosa veracidad histórica ubicada nebulosamente en el amplio marco del Imperio babilónico, a la que la Sociedad parecía agarrarse como clavo ardiendo para darle un poco más de envergadura a su modesta exposición.

Acababa el vídeo explicando que, según la leyenda, llegó el día en que la semidiosa, no se sabe si ofendida por la deriva terrenal del culto, más preocupado por ascender en la escala de poder social y político de la época, decidió castigarlos privándolos de su guía y presencia, y se sumió en un letargo imperecedero (el que representaba esta estatua) del que despertaría para liderar a sus adeptos únicamente cuando estos volvieran a ser dignos. Con su marcha, el culto comenzó a llamarse algo que se podría traducir como «Devotos de Zenobia» y degeneró hacia una adoración exclusiva de su figura, elevándola a la categoría de diosa en la Tierra y perdiendo poco a poco poder, presencia y prestigio hasta desvanecerse en las

turbulentas corrientes de la historia. Regresando a la estatua que simbolizaba el letargo de la sacerdotisa, se especulaba con que fuera usado en sus inicios con fines ceremoniales, durante rituales en los que sus seguidores se reunirían alrededor para alzar cánticos y plegarias rogando por el regreso de la diosa, pues había constancia de que tallas similares eran usadas con el mismo fin en otros cultos menos herméticos y extendidos como el de Enlil o Utu.

Aparqué mi desmedido y condescendiente escepticismo para prestar atención a las detalladas imágenes de la estatua, que captaron mi interés ahora que sabía que era la protagonista de nuestro enigma.

Poseía unos rasgos que asocié con los toros alados asirios: acentuados ojos almendrados, labios finos y laborioso peinado trenzado al estilo de las barbas mesopotámicas. Un collar de piezas con forma de hojas le adornaba el escote, alrededor del cual caía un largo vestido lleno de pliegues que le cubría el cuerpo entero (insinuado bajo la tela) y dejaba únicamente al aire las puntas de los dedos. Sus brazos desnudos descansaban unidos sobre el estómago. La talla era suave y correcta, sobre todo en comparación con las toscas esculturas en piedra de ese periodo, aunque no especialmente talentosa, ni tampoco excesivamente realista.

Resumiendo: a mi entender, no era una escultura bonita, sino que sugería una artesanía humilde y un fin distinto del ornamental, y desde luego quedaba

a años luz del meticuloso labrado de los sarcófagos egipcios. Podría por tanto cuadrar su aspecto con la teoría de que la usaban para el culto religioso.

La grabación acabó y el bucle volvió a empezar.

—Desapareció la semidiosa y desaparece su estatua —dije, pensando en voz alta e intentando ser gracioso. Por desgracia, el tono distendido de mi comentario se vio enturbiado repentinamente.

Un grito ahogado y una serie de estridentes golpes metálicos salieron de la pequeña sala a nuestra espalda.

—¡Honora! —exclamé, y al volverme Mónica ya se precipitaba al interior con la velocidad de un rayo.

La intensa luz del foco acrecentaba el dramatismo de la escena: Honora yacía sobre el sarcófago con los brazos y la cabeza por dentro, como un náufrago que se agarra a los restos de la embarcación. Su cuerpo había derribado el cordón de seguridad, que era lo que había provocado el estrépito, y se enredaba en el burka, retorcido por la caída. Algo extraño flotaba en la atmósfera, algo que provocaba un cosquilleo en la piel.

—¡Ayúdame a tumbarla! —gritó Mónica.

Reaccioné y corrí a su lado. Honora pesaba como un fardo, pero entre los dos conseguimos bajarla al suelo. La inspectora me urgió para que retirara la tela del rostro con cuidado mientras ella chequeaba los signos vitales. Su rostro mostraba una expresión inconfundible de desvanecimiento, aún más acentuado por las sombras que la intensa iluminación arrojaba a su

semblante. En cuanto Mónica comprobó que respiraba y que no tenía ningún traumatismo grave y aparente, la pusimos en posición lateral y me pidió espacio para revisarla mejor. En ese justo momento mi móvil empezó a sonar y, por puro instinto, lo saqué para ponerlo en silencio. Ese gesto tan tonto salvó la llamada de ser ignorada: de nuevo la pantalla se iluminaba con «Honora Brim Casa». Lo cogí de inmediato.

—Alonso, ¿sigue mi abuela con vida? —preguntó la voz de Alma. No tuve margen para expresar mi incredulidad.

—Sí, parece que se ha desmayado —respondí turbado—. La inspectora está atendiéndola. ¿Cóm...?

—Traedla a casa de inmediato —me ordenó la joven con un tono que no admitía réplica—. Dile a la inspectora que, si sigue viva, no tenga miedo de moverla, porque no pasará nada. ¡Pero daos prisa! Y, por lo que más queráis, *no intentéis despertarla*. Voy a preparar todo, os estaré esperando.

Y colgó.